

Nunca en Estados Unidos una mujer ha estado tan cerca de la jefatura del Estado como Hillary Clinton, hecho demostrativo no solo de sus ambiciones y preparación, sino también de buenos augurios para América Latina en sus relaciones con la nación más poderosa.

Son buenos augurios porque además de suceder al primer Presidente negro, profundizaría el acercamiento a Cuba y el inevitable ablandamiento de los oxidados resortes dictatoriales de los Castro. Como Secretaria de Estado y aún antes, ella logró una discreta pero constante comunicación con los gobiernos de la región.

Eso que suena vacío es relevante ahora cuando del lado republicano se escuchan discursos parecidos a aquellos de la época del gran garrote: Jeb Bush, Marco Rubio y Ted Cruz, quieren halagar a los votantes de habla española al tiempo que recuerdan a los testarudos John Foster Dulles y Joseph McCarthy con sus sanciones, sin saber que en América Latina se quiere algo distinto.

Hillary demostró incluso habilidad para conservar el precario equilibrio matrimonial cuando su marido sucumbió a la tentación incompleta de la entonces bella gordita Mónica Lewinsky. En un explicable arranque de ira, con un libro le causó una pequeña herida en la cabeza al Bill infiel pero sin llegar a satisfacer deseos de la sociedad pacata. ¿Dónde estaría ella si se hubiese divorciado?

Hillary es, sin lugar a dudas, inteligente y ha desarrollado una intensa actividad política. Con experiencia y audacia supo ayudar al éxito de los períodos presidenciales de Bill Clinton, en los cuales la economía norteamericana avanzó de manera sostenida y sosegada. Sin aspavientos. Y hasta en términos literarios, el corazoncito fidelista de García Márquez una vez quedó absorto ante los conocimientos del entonces presidente Clinton, quien durante una cena probó que no solo había leído *El sonido y la furia* y otras cosas de Faulkner, sino a Cervantes, a Carlos Fuentes y, por supuesto, al propio Gabo con sus *Cien años de soledad*.

Claro, nada de eso amarra el futuro con una magnífica cosecha de realidades, pero son buenos augurios en instantes en que las presidencias femeninas de Brasil, Argentina y Chile, hacen aguas en los mares de la corrupción, y cuando Keiko Fujimori en Perú y la bella Zury Ríos, en Guatemala, asoman cuestionables candidaturas.

Never in the history of the United States has a woman been so close to becoming head of state as Hillary Clinton, not only a demonstration of her ambition and preparation, but also a good omen for Latin America in its relations with the world's most powerful nation.

It is a good omen, because in addition to succeeding the first black president, she would deepen the rapprochement with Cuba and the inevitable weakening of the Castros' rusty dictatorial springs. As secretary of state, and even before, she managed a discreet but constant communication with the governments of the Latin American region.

Even though it sounds empty, it is relevant now that speeches can be heard from the Republicans similar to those from the time of Roosevelt's "big stick": Jeb Bush, Marco Rubio and Ted Cruz want to please Spanish-speaking voters while resembling the stubborn John Foster Dulles and Joseph McCarthy with their sanctions, not knowing that in Latin America people want something else.

Hillary even showed she could keep her marriage in precarious balance when her husband succumbed to the partial temptation of the then beautiful, curvy Monica Lewinsky. In an understandable fit of anger, she hit the unfaithful Bill with a book, causing a small head injury, but she did not satisfy society's prudish desires. Where would she be if she had gotten divorced?

Hillary is, without a doubt, intelligent and has undertaken intense political activity. With confidence and experience, she knew how to contribute to the success of Bill Clinton's presidential terms, during which the American economy advanced in a sustained, even manner, without drama. Even in literary terms, García Márquez's little pro-Fidel heart was won over in the face of then-President Clinton's knowledge, who, during a dinner, proved that he had not only read "The Sound and the Fury" and other of Faulkner's works, but also Cervantes, Carlos Fuentes, and of course, Gabriel himself with his "One Hundred Years of Solitude."

Of course, none of this guarantees a future glorious harvest where what has been sown will be reaped; however, it is a good omen at a time when the female presidencies of Brazil, Argentina and Chile are sinking in the seas of corruption and when Keiko Fujimori in Peru and the beautiful Zury Ríos in Guatemala, stick out as questionable candidates.